



El eterno debate: legalización de drogas y sociedad pos-moralista

Franco Gamboa Rocabado,
sociólogo político
franco.gamboa@aya.yale.edu

La legalización de las drogas es un debate que parece ser eterno; sin embargo, no siempre es posible analizar todos los argumentos a favor y en contra sin tropezar con alguna clase de dogmatismo religioso y político. Al mismo tiempo, es un hecho que la producción de coca es imparable y, junto con ella, es muy difícil destruir las amenazas del narcotráfico. Actualmente no se puede restablecer la erradicación forzosa de hojas de coca en Bolivia porque los cocaleros están en el corazón del gobierno y las mafias organizadas destruyeron casi por completo el sistema judicial y las estructuras policiales de interdicción en Colombia, Perú y, sobre todo, en México. ¿Será una alternativa replantear la legalización de las drogas?

El siglo XXI nos hace sentir como si estuviéramos ante la presencia de inminentes catástrofes apocalípticas, ante incertidumbres obsesionantes donde el misterio es el nuevo amo del universo o, en todo caso, estamos frente a la posibilidad de cambiar las cosas y subvertir el orden establecido porque cualquier normatividad parece evaporarse



pues los convencionalismos más rígidos hoy tienden a ingresar en franca decadencia.

Dentro de los temores sobre lo que podría suceder en el futuro mediato se encuentra la discusión sobre la legalización o penalización definitiva de las drogas duras, entre las cuales destaca la cocaína. ¿Es viable su liberalización en sociedades como las latinoamericanas, cuyas agendas en materia de política exterior con EEUU presentan en primera línea el tema del narcotráfico, la reducción de plantaciones de coca y la intervención directa en los asuntos políticos de varios países con el argumento de una guerra contra las drogas?

De acuerdo con la Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes (JIFE), organismo dependiente de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el consumo de cocaína en África Occidental y en el Este de Europa, así como el de heroína en tres cuartas partes del continente asiático, se ha incrementado durante los últimos trece años en casi 35%. Este aumento se explica en gran parte por el fracaso del control de estupefacientes, así como por un ambiente más proclive a la aceptación de la toxicomanía como un componente inevitable en la vida cotidiana del mundo moderno. Si los argumentos más razonables para legalizar las drogas triunfaran, esclareciendo a la opinión pública sobre los beneficios de vivir en una sociedad liberal y tolerante, ¿cómo reaccionaríamos si supiéramos que el consumo de drogas duras en la gente joven de nuestras familias se estuviera disparando?



Entre los argumentos más destacados para legalizar las drogas se encuentran las posiciones liberales que afirman la consigna “prohibido prohibir”. Estas ideas constituyen uno de los pilares centrales en una sociedad donde ninguna fuerza omnipotente u omnisciente — provenga ésta del Estado, las diferentes Iglesias, partidos políticos u organizaciones totales que absorben al individuo borrándole su libertad para elegir — pueda decir lo que uno deba o no deba hacer con su cuerpo, su voluntad, sus gustos, convicciones o planes personales. El dilema radica en ver si los cocaleros están de acuerdo con estos argumentos liberales para defender también una posible legalización de las drogas.

Para muchos ciudadanos, ningún gobierno ni política concreta puede exigir lo que se puede o no se puede ingerir. Desde cierto punto de vista tienen razón porque debemos tender a vivir en una sociedad donde cada quien sea responsable por sí mismo. No es aceptable pedir que algún gobierno o burócrata estatal sea dueño de nuestros cuerpos, o trate de definir desde el escritorio los alcances del bienestar colectivo. Si alguien hace algo que le provoca daño, la política no tiene derecho a detenerlo, como tampoco tienen derecho a prohibir el consumo de carne y alcohol porque está comprobado que su consumo excesivo es dañino para la salud. Al politizar la protección de la salud pública con una fuerte intervención estatal, terminaremos sometiéndonos a los



prejuicios de una élite política que decidiría lo bueno o malo en el consumo de varios productos, sobre la base de temores sesgados.

Lo más interesante en la legalización o no las drogas se encuentra en una serie de visiones en torno a la conducta moral. Importantes intelectuales como Fernando Savater en España, Salman Rushdie en Inglaterra y el propio Gabriel García Márquez toman posición a favor de legalizar las drogas. García Márquez, por ejemplo, expresa que la guerra anti-drogas es un diablo útil para el dominio de la política exterior norteamericana donde la amenaza de intervención militar directa, como en el caso de Panamá en 1989, es un recurso violento condenable pues ninguna democracia debe aceptar jamás esta amenaza perversa para las sociedades latinoamericanas. Incluso Gonzalo Sánchez de Lozada también habló de legalizar las drogas en 1992, meses previos al lanzamiento de su campaña presidencial, utilizando tesis liberales.

La prohibición hace más atractivo y fructífero el negocio de la droga, fomentando la criminalidad y corrupción en todos los niveles de la sociedad; sin embargo, en Suiza existen programas de salud pública para drogadictos a través de la administración regulada de cocaína y derivados. En Los Países Bajos está permitido recetar metadona como sustituto de la heroína para todo drogodependiente que se adscriba a un programa controlado por farmacólogos y médicos autorizados; en estos



casos, el consumo de drogas duras está en las manos de hospitales, clínicas y consultorios especializados.

Por el contrario, los EEUU consideran que el narcotráfico es un problema de seguridad nacional, pues el consumo excesivo de drogas en su población joven sube a ritmos exponenciales por lo que la drogadicción es una prioridad fundamental en sus políticas de salud. Las ideas para condenar todo intento por legalizar o suavizar la satanización en contra de la toxicomanía expresan argumentos morales, policiales y militares que llaman la atención sobre las perversiones que practican los drogadictos, los países productores de cocaína, los desastres familiares y delincuenciales que generan pero, sobre todo, las amenazas a la paz social que el vicio de la drogadicción provocaría porque supuestamente el consumo a gran escala afectaría también a las clases pobres, marginales y emigrantes.

Estos razonamientos tratan de convencer que en toda sociedad existe una dualidad: la porción superior bien equilibrada, moralmente bien educada y trabajadora para que el futuro de jóvenes y niños no sea pervertido, mientras que la otra mitad es considerada inferior, desadaptada y perezosa que no merece su integración y solamente elige el camino más fácil evadiendo la realidad mediante el vicio de la droga, el alcohol, la criminalidad y la permanente marginalidad.



La lucha anti-drogas y la negativa contra su legalización, se alimenta de un clima de opinión donde impera la constante “negación del (los) otro (s)”: los morales versus los inmorales, es decir, un escenario de inquisidores y reminiscencias de la edad media. Nunca se hace referencia al consumo de drogas en todos los estratos de la sociedad, y si así fuera, se indica que deberíamos tender a integrar una sociedad ideal pulcra y pura a la cual todos estaríamos obligados a pertenecer.

Legalizar las drogas tiene un doble movimiento: por una parte se *diferencia* al otro inmoral respecto a uno mismo, promoviendo el emblema del cuerpo sano en mente sana y situando jerárquicamente a los otros consumidores y productores de droga al lado del pecado, el error, la ignorancia y las atrocidades del vicio. En el fondo, una manipulación de la moralidad.

Para algunos sociólogos como el francés Gilles Lipovetsky vivimos una época donde reina la sociedad pos-moralista; es decir, una sociedad que repudia la retórica del deber austero, integral y maniqueo, coronando los derechos individuales a la autonomía, al deseo y a la felicidad según la lógica de un egoísmo racional. Así se habrían desterrado las prédicas extremistas, otorgando crédito a las normas indoloras de una ética individualista con la excepción de la drástica religiosidad en algunas sociedades islámicas.



Esta perspectiva coincide con las economías de mercado donde la oferta y la demanda son el patrón para dirimir y solucionar los problemas cuantitativos de una sociedad que entroniza al individuo con capacidad para elegir y auto-realizarse en un mar abierto de posibilidades.

Pero como sostiene el filósofo boliviano H. C. F. Mansilla, existen también elementos *cualitativos* en la vida colectiva para los cuales el mercado y la ley de la oferta y la demanda no tienen la última palabra. Aquí destacan las discusiones sobre la legalización de drogas y la temática ecológica. Si dejáramos que las drogas sean sometidas al libre juego del comercio y a la liberalización total, surgiría un problema entre ética y mercado, donde el exceso de permisividad borraría los límites a la acción de los individuos en la práctica, vulnerándose los derechos de terceros. Así surgirían impresionantes campañas de marketing para el consumo de drogas, lo cual hipotéticamente tendería a incrementar el número de adictos y la convicción de que todo intento por reprimir las pasiones, los gustos y las decisiones del individuo son algo superfluo.

Los que abogan por la legalización de drogas y aquellos que quieren reprimirlas ponen en el centro del debate el problema del *miedo* a perder el orden social. El miedo a estar dando a las generaciones jóvenes la oportunidad de jugar a la ruleta rusa dentro de una sociedad del pos-deber.



La discusión sobre la legalización de drogas se mueve entre dos polos: por un lado, la necesidad de poner fin al desastre y fracaso ocasionado por la guerra contra las drogas, y por el otro, aquel temor escondido de estar dando cabida a la anomia social (total ausencia de normas), en caso que las fuerzas del mercado y la liberalización destruyan las demandas de certidumbre y ética que reclaman vastos sectores de la sociedad.

¿Es posible legalizar las drogas? Sí es posible; empero, detrás de las posturas más tolerantes, el deseo de orden es aún muy fuerte porque el peligro de caos es verosímil. Con la legalización de las drogas, la gente siente amenazado su sentido de orden, es decir, lo que hace segura y comprensible la vida en sociedad. En la sociedad pos-moralista, la ciudadanía quiere deshacerse de valores absolutistas y moralismos religiosos pero al mismo tiempo está atemorizada por la pérdida de un mapa cognitivo que le permita estructurar espacial y temporalmente sus posibilidades. En la sociedad pos-moralista todo parece posible junto con el peligro de un caos inminente. Cunde el pánico con una doble faceta: parálisis de toda voluntad pero también fascinación.

La legalización de drogas es uno de aquellos hilos a través del cual puede desencadenarse el miedo a perder el orden. Los pasos para legalizar la toxicomanía pueden dar señales de una sociedad más permisiva y predispuesta para el cambio; de todos modos, siempre habrá la duda sobre si esto amenazará gran parte de nuestros miedos



escondidos y de nuestra sed por el orden, de nuestras búsquedas de sentido donde el control, la regulación y la normatividad nos dan una pauta de que no todo ha de perderse en un abrir y cerrar de ojos. La sociedad moderna nos arrastró al consumo de drogas y esta estructura social debe ahora funcionalizar su legalización, así como reorientar los patrones de consumo cuando veamos que los estupefacientes y las drogas ilegales representan un conjunto de productos prescindibles en el mercado.